

NECROLÓGICAS

MIGUEL GARCIA-POSADA HUELVA

El nombre de Miguel García-Posada Huelva quedó ya detenido entre dos fechas (Sevilla 22 de noviembre de 1944-Madrid 18 de enero de 1912), aunque la muerte definitiva es el momento en que nadie recuerda ya al que se fue en su voz y sus gestos, en su estar vivo con defectos y virtudes, en su estar entre nosotros. Por esta razón elegí dar de García-Posada unos retazos de quien fue realmente más que una enumeración bibliográfica y más o menos erudita a no ser que esté conectada con alguna de sus obras. Los datos puntuales se pueden encontrar con facilidad.

Conocí a Miguel en la Facultad de Letras de la Universidad de Sevilla. Con su característico mechón sobre la frente daba la imagen de chico malo que siempre conservó: *se peina para un lado como un escritor francés*, escribe Umbral (El Cultural, 11/04/2001)... *la crítica, que empezó siendo para García-Posada un lujo en ABC, hoy es un vicio en El País*. Entró y salió en la vida literaria por la poesía aunque dejara una extensa obra narrativa, autobiográfica y crítica. Yo había publicado en 1962 *Extraña juventud* en la colección Adonáis y, en *La quencia*, 1998, primer volumen de sus memorias, aclara que con mi libro, y en *El Correo de Andalucía*, se estrenó en la crítica. Al llegar a este punto me doy cuenta de que, rozando ya el final de su vida y soportando al mismo tiempo una penosísima enfermedad que iba desbaratando su voluntad y su mente fue aislándose poco a poco en una soledad que compartía con poemas recordados de sus autores preferidos y con Mauro Armiño, su único amigo en aquellos días aciagos. Cuando aún se encontraba con cierto ímpetu, editamos juntos las *Poesías Completas* de José Hierro (1947-2002), edición que tuvo mala suerte gracias a esos turbios sentimientos que a veces contaminan el mundo de las letras y que nos

hicieron víctimas a los dos, y posiblemente también a José Hierro cuya historia tal vez no era conveniente despertar. De este episodio queda rastro en “La poesía de José Hierro y los derechos de autor” <http://nalocos.blogspot.com> (23 de febrero de 2010). En cuanto a mí, en *Zona desconocida* (2006), me acompañó con “Una aventura del conocimiento”, extenso y finísimo ensayo que cierra el libro, y también todo lo que sobre mí había escrito durante largos años de amistad y de ausencias de una ciudad común en la que nunca volveríamos a vivir.

Creo que se sintió poeta tanto o más que crítico. Su primer libro, *El paraíso y las bachas* (1966) recoge una selección de poemas que no se reeditaron y clausura, con urgencia tal vez premonitoria, su camino poético con *La lealtad del sueño* (2007), *Días precarios*, *Inclemencias* (2008) y *El lamento de las praderas* (2009), título inspirado en *La Epopeya de Gilgamesh*, en el que la acción heroica más que histórica es metafísica ya que el héroe es antagonista de la muerte como naturaleza y conclusión del hombre. En su poesía, más que en su prosa, está todo el García-Posada que sus amigos y sus enemigos (los tuvo y muy feroces) conocieron. En el primer volumen de estas memorias se ocupa directa y objetivamente de sus experiencias históricas, de la fidelidad y sus contrarios, de la dictadura, de la corrupción posterior y de sus tendencias políticas desde su primera juventud. Recoge sus raíces, sus recuerdos de la niñez, las que habrían de ser sus primeras experiencias y la vida de una casa sevillana que nacía con él. El símbolo de esa época fundacional en lo público y en lo privado lo representa algo tan vivo como un arbusto, esa quencia o kentia, llamada también palma del paraíso, frecuente en los patios sevillanos. Su origen fue la isla australiana de Lord Howe y probablemente llegó a España en algunas de las naves que desde el XVIII, por distintos asuntos, pelearon por aquellos mares. Es, aunque muchas han desaparecido a causa de las nuevas construcciones de las viviendas, una planta elegante que, sobre un macetero, no tiene ya cabida en los nuevos edificios. Destacaban en alguna esquina de los salones del XIX o en el centro de los patios. La casa sevillana de Miguel, tal como la conocí cuando fui a verlo durante una juvenil depresión amorosa, era tal como él la recuerda hasta su muerte. Conservaba la casa, como muchas de la Sevilla de aquel tiempo, un aire entre colonial y moderno que tal vez dejó en él un rastro de delicadeza interior, de finura, que no reconocieron muchos de los que él creía sus amigos. Tal vez los hincados en los trucos literarios del siglo XX confundieran este modo de ser suyo, antes de que la enfermedad lo desorientara, con el

de un carácter débil y apocado más que tolerante y apacible. Los más confundidos fueron curiosamente los más cercanos y los amparados por su crítica, excepto su incondicional Mauro Armiño que fue siempre más que amigo el hermano que Miguel no había tenido. Un pariente suyo, José María Jurado García-Posada, comenta en su blog “La Columna Toscana”: *Escribió la historia de mi familia, la que late en el rumor sagrado de la sangre. Para el mundo era tan respetado como temido.* Muchos escritores se sentían más seguros si García-Posada se ocupaba de ellos aunque a veces se equivocó, más por amistad que por error, declarando como novedad lo que luego sólo resultó chocante. César Coca comenta en El Correo de Vizcaya, que la *defensa de lo que él consideraba literatura de verdad lo llevó a juzgar con enorme severidad títulos que partían con la etiqueta de aspirantes a ‘best seller’.* Arturo Pérez-Reverte, que no pudo soportar su silencio, lo atacó como solo él puede hacerlo. Miguel no se sintió descalificado sino sorprendido. Lo curioso es que nunca escribió, que yo sepa, ni bueno ni malo sobre tan alabado autor aunque el autor alabado sí escribió, y mucho, sobre García-Posada como queda demostrado en muchas páginas de aquellos años. En la pág. 115 de *El vicio crítico* (Espasa 2002), solo comenta que sus silencios hacia Pérez Reverte eran solo la respuesta a ... *una obra que no me parece ni buena ni mala; sencillamente creo que no tiene nada que ver con la literatura canónica.*

Lo que García-Posada llamó “el hampa de las letras” no le perdonó, en el caso de que hubiera sido necesario perdonársele, su trabajo sobre *Mortal y rosa* (Cátedra 2008) de Francisco Umbral; Juan Goytisolo, por su parte, presionó en El País para que lo echaran y la universidad española no lo acogió no tanto por sus antecedentes políticos como por las presiones que grupos determinados ejercieron, según él mismo comenta en sus memorias, a pesar de que Lázaro Carreter le había dirigido su tesis doctoral sobre García Lorca. Miguel nunca presionó en el sentido necesario para sortear estos problemas. Le perjudicara o no, nunca renunció a la libertad de una crítica honesta en unos años difíciles para todos. Él mismo comenta el rechazo de la universidad española, muy doloroso para él, aunque en su perfil profesional puede comprobarse el respeto que se le tuvo en otros ámbitos, fuera de España y dentro de ella. .

Espero que estas breves notas sirvan para aproximarse a quien García-Posada fue y por esto deseo dejar constancia de hasta qué punto sufrió, como sus contemporáneos, la España de aquellos años. Y si es

cierto que algunos hubiesen deseado ocupar su sitio en la cultura española de entonces sobre todo lo son las últimas palabras que una de sus hermanas le oyó decir: “Yo quiero ser un hombre libre”. Y lo fue en cierto modo aunque quizá no se diera cuenta. Después de su muerte, es curioso comprobar que algunos de sus coetáneos, elogiados o silenciados por él, no acudieron a su entierro, sobre todo del mundo de las letras que tan honestamente había cuidado excepto Mauro Armiño, Ángel Basanta, que lo sucedió como Presidente de la Asociación de Críticos Literarios, algunos compañeros del instituto y García Montero y su mujer. En un país como el nuestro, indiferencia ante alguien que se va, parecía demostrar que Miguel, en efecto, había sido libre en sus aciertos y en sus errores, puntos que merecen un análisis para más adelante.

JULIA UCEDA
MICHIGAN STATE UNIVERSITY
INSTITUTOS NACIONALES DE ENSEÑANZA MEDIA

MARGHERITA MORREALE (1922-2012)

El pasado 18 de septiembre ha muerto en Padua, ciudad de su universidad por años, la filóloga e hispanista Margherita Morreale. Había nacido en Milán el 30 de mayo de 1922. Hizo sus estudios elementales en Viena y siguió la enseñanza media en el Humanistisches Mädchengymnasium de esa misma ciudad, obtuvo el título de Bachelor of Arts en los Estados Unidos de América y se graduó en Letras en la Universidad de Milán. En los Estados Unidos fue también profesora de la Universidad Católica de Washington, de la John Hopkins University y de la Universidad de Stanford. Posteriormente, enseñó en Italia, en la Universidad de Bari y en la de Padua a cuyo nombre ha quedado vinculado el de Margherita para los hispanistas de todo el mundo.

En la necrológica que le dediqué en la prensa diaria, recordaba yo que conocí a Margherita en el Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, celebrado en Venecia en 1980. Ella era ya una figura académica y yo, que tenía referencias de la profesora Morreale por Dámaso Alonso, acudí a escucharla en la sesión en que intervenía, sesión que era una más de las muchísimas sin especial relieve que ofrecen este tipo de congresos masivos, donde convive la sabiduría, la ignorancia y el atrevimiento en amalgama inextricable. Presidía otra gran figura del hispanismo del siglo XX, el británico Alan Deyermond (1932-2009). Margherita estaba azorada por la gran cantidad de público que había acudido y que no cabía en el aula, a pesar de que tantos congresistas habían sucumbido a las bellezas de la ciudad, competidora desleal de la dedicación erudita. Dijo de manera entrecortada: “No puedo comprender cómo este tipo de trabajo pueda interesar a tanta gente”. Deyermond la interrumpió: “Si se dice *erudición medieval*, acuden pocos, pero si se dice *Margherita Morreale*, a la vista está el resultado”.

A pesar de esta adscripción ocasional al medievalismo sin más precisiones, hay que recordar que Margherita ha trabajado, sobre todo, en el Humanismo, los temas hispanoespañoles de la época del Renacimiento y la Biblia vernácula en España. Un recorrido por su bibliografía nos ofrece un mapa bastante sintomático de su itinerario investigador, muy a tono con la Escuela Española de Filología, que analiza textos y, por consiguiente, no puede desligar su dedicación a la literatura, de su investigación lingüística.

La lista de sus principales libros consta de los siguientes títulos: *Pedro Simón Abril* (CSIC; 1949); *Versiones españolas de "animus" y "anima"* (Universidad de Granada, 1957); edición de *Los doze trabajos de Hércules* de Enrique de Villena (RAE, 1958); *Castiglione y Boscán. El ideal cortesano en el renacimiento español* (Fundación Conde de Cartagena, 1959, 2 vols.); edición de *Galateo español* de Lucas Gracián Dantisco (CSIC, 1968); *Apostillas lexicales a los romanceamientos bíblicos*: Letra A. (Indiana University Press, 1968); *Un contributo italiano recente allo studio della lingua spagnola* (Embajada de España ante el Quirinal, 1994); *La Bibbia di Ferrara, 450 anni dopo la sua pubblicazione* (Accademia Nazionale dei Lincei, 1994); *Escritos escogidos de lengua y literatura española*, editados por José Luis Rivarola y José Pérez Navarro (Gredos, 2006) y *Homenaje a Fray Luis de León* (Universidad de Salamanca/Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007). Los dos últimos volúmenes tienen especial significación. El primero es una antología de textos seleccionada por los dos colegas mencionados que nos dan una idea muy ilustrativa del quehacer de la profesora Morreale. El segundo es el libro que yo prefiero y está compuesto por los muchos y sabios trabajos que Margherita Morreale dedicó a Fray Luis de León, autor que suponía una auténtica encrucijada de los intereses de nuestra autora.

Pero la nómina de sus trabajos es inmensa. Ha publicado, entre otros, sobre Juan del Enzina, Torres Naharro, Fernando de Rojas, Enrique de Villena, Alfonso de Valdés, Miguel de Cervantes o Pedro Calderón de la Barca. Apenas existe revista importante del hispanismo internacional que no se haya enriquecido con sus trabajos: *Boletín de la Real Academia Española*, *Bulletin Hispanique*, *Celestina*, *Incipit*, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, *Quaderni ibero americani*, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, *Revista de Filología Española*, *Revista de Literatura*, *Revista de Literatura Medieval*, *Sefarad*, etc.

Sus estudios son siempre serios, pulcros, cuidadísimos. Pero no se daba ninguna importancia por ellos. En cambio, se interesaba por lo que

estaban haciendo los colegas, les pedía sus originales y se los devolvía con observaciones sabias y sinceras: jamás entró en su cálculo aceptar la inexactitud para evitar herir la vanidad ajena. Así la encontré en el Congreso de Venecia y así seguía en la Brown University cuando el Congreso de Providence de tres años más tardes y en todas las ocasiones en que nos encontramos después, siempre que venía por Madrid y visitaba inevitablemente la biblioteca del Centro de Humanidades del CSIC.

Su labor ha recibido merecidos reconocimientos públicos. Ha sido premio Antonio de Nebrija de la Universidad de Salamanca, doctora *honoris causa* por la universidad de Barcelona, miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia Argentina de Letras, así como también miembro de la Hispanic Society, el Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti y la Accademia dei Lincei.

Margherita Morreale ha sido sin duda una gran hispanista, pero no quiero dejar de decir que también una gran persona. En la referida necrológica periodística contaba yo que un verano había ido a impartir una conferencia a Málaga en el curso que dirigía Manuel Alvar (1923-2001). Margherita se enteró, fue a escucharme y me invitó a almorzar el día siguiente en un chiringuito de la playa del Palo en la que, vestidos casi de terno académico, hablábamos tiempo y tiempo de retóricas latinas del siglo XVI, rodeados de gente en bañador que trasegaba sangría y engullía *pescado frito* mientras cantaba a voz en grito el repertorio más consabido de la copla. En un momento dado en que la conversación era imposible por el ruido, Margherita se disculpó: “no podemos ir a tomar café al chalet porque está llenísimo de gitanos” -¿De gitanos? La profesora Morreale había cedido la mansión familiar que había heredado en El Palo para que vivieran en ella gratuitamente por temporadas familias desheredadas que, de otra forma, no hubieran podido pasar nunca unas jornadas en la playa.

Seguramente Margherita tendría por timbre de gloria el que resume la esquila mortuoria que publicaron sus hermanas Maria y Gabriella, sobrinos y amigos, convocando a un funeral por el eterno descanso de su alma en la Parroquia del Corpus Christi (Pedregalejo-Málaga): MARGHERITA MORREALE, FILÓLOGA, HISPANISTA, QUE AMÓ A MÁLAGA Y A SU GENTE MÁS SENCILLA.

MIGUEL ÁNGEL GARRIDO GALLARDO
CCHS/CSIC. MADRID

